

VÍSPERA DE TODOS LOS SANTOS  
ANDRÉS FERNANDO DELPRADO AGUIRRE

-SLAVEN-

Aquel año, durante todo octubre, la tierna brisa veraniega que solía acariciar al Valle de Aburrá, fue reemplazada por el azote de ventiscas inclementes provenientes del sur. Los muros de los edificios temblaban desde sus cimientos y, quienes habían sido bendecidos con el don de la escucha, podían intuir los lamentos de las ánimas arrastrados por el aire desde La Estrella hasta Niquía. En medio de aquel recorrido, el ulular del viento cesaba únicamente cuando se aproximaba al edificio de Coltejer, en el corazón de una revoltosa Medellín, y reanudaba su mortífero aullido cuando ya se encontraba a varios kilómetros del rascacielos.

El último día de ese mes, en la víspera de todos los santos, Manuela se había levantado con una insondable desazón atascada en el estómago. Pese a que desde muy pequeña se había acostumbrado a escuchar sonidos del más allá e incluso a ver figuras que, según especulaba, únicamente ella percibía, bastaron solo unos segundos despierta para que el barullo sobrenatural la aturdiere. En otros años había escuchado voces, gritos, clamores que se reproducían en bucle hasta que en algún momento del día, generalmente el ocaso, como por arte de magia, la atmósfera se aquietaba para dejarla descansar.

Todo hubiese sido igual que en los años anteriores, de no haber sido por el sentimiento apremiante que la instaba a salir de su casa y la atraía hacía el Coltejer con un magnetismo que era incapaz de controlar. Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que fue capaz, se obligó a permanecer en su casa del Poblado, temiendo que el mal augurio que se había gestado en su interior tuviera la fuerza suficiente para destrozarla desde adentro y hacerse realidad. Revoloteó aquí y allá hasta que bien entrada la tarde, hastiada de refrenar sus impulsos, tomó su mochila y se enfiló hacia el centro de la ciudad: caminó hasta la avenida Las Vegas y se montó en un bus que, ora por los disfraces de los pasajeros, ora por el zarandeo al que el conductor la sometía, la hizo olvidar momentáneamente de su cometido.

Durante el precipitante trayecto recordó que para graduarse de arquitecta, había estudiado con feroz minucia el edificio que ese día la imantaba. Conocía los pormenores de su construcción, había repasado los planos de cada planta, había logrado acceder a sus instalaciones y recorrer algunas zonas, había fotografiado su estructura desde El Metro. Memoró incluso, no sin un dejo de vergüenza, que le había compartido un par de datos

curiosos de la construcción a varios de sus amoríos. La obsesión que Manuela tenía con el Coltejer había llegado a tal punto que incluso los trabajadores de la edificación la reconocían cuando ella, por una razón o por otra, visitaba las calles aledañas para poder darle una gustosa mirada al rascacielos. Esto, sumado a la afabilidad antioqueña que tanto caracteriza al medellinense y a su reputación como arquitecta, le había garantizado un pase directo al interior del lugar. Ciertamente, al arribar al paradero, lo que le heló las entrañas no fue el popurrí de humanos enmascarados tan propio de la víspera de todos los santos, sino que el barullo amorfo que arrastraba el viento del sur se había configurado de forma tal que la semántica contenida en los lamentos se hizo inconfundible: no dejes de venir, Manuela, no dejes de venir, decían aquellas voces en un coro fantasmal. Comandó su cuerpo para que diera un paso tras otro y sin saber muy bien cómo, zanjó la distancia que había entre el paradero del bus y el Coltejer. A continuación, tras un rápido vistazo a la cúspide del mastodonte que se alzaba frente a ella, se aventuró hacia sus entrañas sin poder sacudirse la sensación de que era un insecto que se estaba posando sobre una planta carnívora. Entró apresurada al hall del rascacielos y se dirigió a los ascensores, saludando únicamente a los sorprendidos vigilantes quienes, sin solicitar mayores explicaciones, la dejaron pasar. Percibiendo el ritmo cada vez más acelerado de su corazón y siguiendo, en parte su instinto y en parte las voces delirantes suspendidas en el aire, ingresó al ascensor y pulsó el botón del piso 36. Sus manos iniciaron un bailoteo demencial cuando con cada piso ascendido las voces gritaban, de forma ensordecedora, un presagio peor que el anterior. Ya estás cerca, Manuela, no dejes de venir. Te sentimos, Manuela, no dejes de venir. Casi eres nuestra, Manuela, no dejes de venir. Te esperamos, Manuela, no dejes de venir. Has llegado, Manuela, ya no puedes escapar. La última frase quedó suspendida en la atmósfera como preludio al tañido del ascensor, anunciando la llegada inevitable a la cima de aquel monstruo de concreto. Se abrió la puerta y, sosteniendo apenas el aliento, Manuela se dejó consumir por la bruma del piso 36. Fuera del edificio, el aire que surcaba el Valle de Aburrá, se silenció de forma tal que, incluso con el desbarajuste que se había instaurado en Medellín a causa del festín de víspera de todos los santos, lo único que se escuchó en toda la ciudad fue la respiración entrecortada de Manuela mientras era devorada por la oscuridad.